

**JUAN PEDRO QUIÑONERO, UN ESCRITOR DE NOVELA
CORTA: NORMA Y EXCEPCIÓN**
**JUAN PEDRO QUIÑONERO, A SHORT NOVEL WRITER: NORM
AND EXCEPTION**

Carmen María Pujante Segura
Universidad de Murcia

ABSTRACT

Anales del alba represents at the same time both a norm and an exception. Its author, Juan Pedro Quiñonero, won in 2000 the VIII Short Novel Award Juan March Cencillo with this story that is complex in its reading and its generational or stylistic ascription. This journalist, correspondent of *ABC* established in Paris and recognized in 2016 with the Journalism Award Cirilo Rodríguez, has been able to contemplate the evolution of literature with distance and to represent a *satellital* exception in relation to other Spanish writers. Exceptional is to find short novels written by contemporary Spanish authors, and even more unusual is to find experimental or avant-garde treatments, as in the case of this literary work; in the same way, it is difficult for criticism and literary theory to define the genre of the short novel.

Keywords

Juan Pedro Quiñonero. Short Novel. *Anales del alba*. Narrative. Journalism.

RESUMEN

Anales del alba se erige a un tiempo en norma y excepción. Su autor, Juan Pedro Quiñonero, ganaba en el año 2000 el VIII Premio de Novela Breve Juan March Cencillo con este relato del todo complejo y excepcional en su lectura y en su adscripción, por ejemplo, de tipo

generacional o estilístico. Este periodista, afincado en París como corresponsal de *ABC* y reconocida en 2016 con el Premio de Periodismo Cirilo Rodríguez, ha podido contemplar con distancia la evolución de la literatura y representar una excepción *satelital* respecto a otros escritores. Si una excepción resulta encontrar novelas cortas escritas por autores españoles contemporáneos, aún más lo es hallar en ellas tratamientos experimentales o vanguardistas, como ocurre en esa obra de difícil catalogación, como difícil ha sido la del género de la novela corta para la crítica y la teoría literarias.

Palabras clave: Juan Pedro Quiñonero. Novela corta. *Anales del alba*. Narrativa. Periodismo.

Fecha de recepción: 9 de agosto de 2018.

Fecha de aceptación: 26 de septiembre de 2018.

Cómo citar: Pujante Segura, Carmen María: «Juan Pedro Quiñonero, un escritor de novela corta: norma y excepción», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 2 (2018): 65- 85. DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2018.2>

INTRODUCCIÓN

Una rareza: así se podría definir la obra titulada *Anales del alba* al erigirse a un tiempo, paradójicamente, en norma y excepción. Su autor, Juan Pedro Quiñonero, ganaría en el año 2000 el VIII Premio de Novela Breve Juan March Cencillo con ese relato¹, un relato del todo complejo y excepcional en su lectura y en su adscripción², por ejemplo, de tipo generacional o estilístico. Este periodista español –murciano, nacido en 1946, para más señas–, afincado en París como corresponsal de ABC desde 1983³, ha podido contemplar con distancia la evolución de la literatura española y representar una excepción paralela o *satelital* respecto a otros escritores, como han destacado algunos de sus estudiosos⁴. Su profesión, desempeñada de forma itinerante y en diversos medios en las últimas décadas, valorada recientemente con el Premio de Periodismo Cirilo Rodríguez (en concreto, en 2016), la ha sabido compaginar excepcionalmente con otro tipo de escritura como es la literaria y ensayística desde que publicara en 1972 *Proust y la revolución*, alternancia que le hace coincidir con no pocos escritores de los dos últimos siglos. En pleno predominio del género de la novela en el panorama literario (no solo) español y también en la obra de Juan Pedro Quiñonero, si una excepción resulta encontrar novelas cortas escritas por autores españoles contemporáneos, aún más lo es incluir en ellas tratamientos experimentales o vanguardistas, como ocurre en *Anales del alba*, obra de difícil catalogación como igualmente la ha sido la del género de la

¹ Se hace constar lo siguiente en una de las últimas páginas de su publicación: «Reunido en Palma de Mallorca el día 17 de junio de 2000 el jurado del VIII Premio de Novela Breve Juan March Cencillo, formado por los señores don Basilio Baltasar, don José Carlos Llop –que asume las funciones de secretario–, don Fernando González Corugedo, don Baltasar Porcel y don Valentín Puig, sus integrantes acuerdan por mayoría otorgar dicho premio a la obra *Anales del alba*, presentada bajo el título provisional *Un poeta ibero (?) declara la nombradía de su pueblo, descartada la capitulación* y el lema XX.XX.XX., de la que resulta ser autor don Juan Pedro Quiñonero. El Premio de Novela Breve Juan March Cencillo convocado por la Fundación Bartolomé March Servera, está dotado con un millón de pesetas».

² Justamente por tratarse de una «opción alejada» o excepcional –incluso de un «riesgo»– respecto de las pautas habituales o normales de los premios literarios, lo destacaba Pozuelo Yvancos (2000) en una de las primeras reseñas sobre la obra. También resultaría una rareza que vendría a confirmar el estilo de Quiñonero, que tiende al carácter «intergenérico» o «transversal», como la califica el citado especialista.

³ Ese pleno rendimiento suyo se sigue comprobando a día de hoy en su blog, esa suerte de diario personal que actualiza asiduamente: unatemporadaenelinfierno.net.

⁴ «Escritor original, y como tal basa sus armas en la obra perturbadora y revolucionaria, Quiñonero se nos aparece como satélite en torno al sistema planetario de aquellos que barrenaron en su día las sólidas y estables bases del universo burgués, de aquellos que instalados en la razón y en la lógica, no entendieron –a pesar de las guerras mundiales, de los descubrimientos freudianos– la angustia de un mundo en crisis. Juan Pedro Quiñonero, pues, es un seguidor, a veces con voz propia, de todos aquellos que formaron parte de la ruptura con los valores estéticos, técnicos y lingüísticos del mundo tradicional, y que de modo amplio se pueden calificar como “novela contemporánea”» (Jiménez Madrid, 1982: 275).

novela corta para la crítica y la teoría literarias (Martínez Arnaldos, 1996). Por todo ello, merece ser estudiada, puesta en valor y en situación dentro del mundo literario actual.

Juan Pedro Quiñonero destaca como periodista, aunque esta solo sea una faceta de su poliédrica escritura e intelectualidad que, además, no puede ser desligada de su literatura; es más, ha cultivado la crítica literaria, en los años setenta en el suplemento *Informaciones de las Artes y las Letras* y después en *ABC*. Desarrolla también una faceta de ensayista, especialmente a través de dos libros, *De la inexistencia de España* (con prólogo de Jordi Amat) y *El Taller de la Gracia*. Asimismo, es autor de la “Trilogía de Caína” (*La locura de Lázaro*, *Una primavera atroz* y *La dama del lago*), una tierra mítica cuya geografía bien se puede confundir con la de España e incluso con la de la Murcia de secano. A ello se añade una novela titulada *El caballero, la muñeca y el tesoro* (*Juan I, 14*), una historia que ofrece una versión o variante de *El caballero inexistente* de Italo Calvino⁵. Su obra total, pues, guarda una íntima coherencia, como se puede comprobar gracias a una profunda comunicación en temas y estilo, por ejemplo, a través de otra obra suya como es *Anales del alba*.

Así pues, además de por esa excepcional *medida* literaria –que supone la relativa brevedad de la novela corta–, a la que no acostumbra el Quiñonero escritor –«aprendiz» del Quiñonero periodista⁶–, *Anales del alba* viene a representar una rareza por cuanto alcanza unas altas cotas de experimentalismo que, por otro lado, perdurarán en la evolución de este escritor-periodista. Durante la segunda etapa de su trayectoria literaria, en la que se anclaría el relato estudiado, se mantiene en la línea paradójica que separa lo destructor y lo destruible, el *locus amoenus* y la ruina, lo tradicional y lo rompedor, la antigüedad y la contemporaneidad,

⁵ Aunque no excesivamente extensa en sus algo más de ciento cincuenta páginas, se puede hablar de novela para esta obra, como hacía J. Á. Juaristo en su reseña en el año de su publicación. En *El caballero, la muñeca y el tesoro* vuelven algunas preocupaciones –morales y literarias– del autor, apreciables también en *Anales del alba*: «Juan Pedro Quiñonero ha vuelto en esta novela el género del revés, buscando en Arcadia lo que parece no encontrarse ya en Utopía, es decir, construyendo una fábula moral con elementos tomados del pasado, ya sea este mítico, de cariz religioso, literario o político, y ensamblándolos en una realidad donde el tiempo está suspendido y no posee referencias realistas, aun sea futuras. El resultado de todo ello es una inmersión en la intimidad más recóndita de aquello que anida en el ser humano» (Juaristo, 2005: 15). Aun en el tratamiento poético y temporal de la obra, se desarrolla una novela con diferentes perspectivas desplegadas y desarrolladas.

⁶ «A través de textos muy cortos, que comencé escribiendo como si se tratase de artículos de periódico, escribí un libro que se llama *El misterio de Ítaca* (Barcelona, Península, 2000), que está consagrado al vagabundeo de personajes como Azorín, Baroja, Scholem, Joseph Pla, Jorge Santayana, don Antonio y Manuel Machado, entre otros muchos. Sigo los pasos de todos ellos, deambulo al mismo tiempo por sus escritos y por las calles donde ellos vivieron, casi siempre en París, que también es un poco mi pueblo, y, siguiendo esas huellas, materiales e inmateriales, intento escribir algo así como un capítulo personal de una más ambiciosa geografía del espíritu» (Quiñonero, 2009: 173). Se ha de subrayar la coincidencia en la fecha entre la obra mencionada y *Anales del alba*, coincidencia que vendría a explicar otros tantos puentes (dignos de ser profundizados) entre ambas como, por ejemplo, la predilección–manifiesta gracias a la intertextualidad– por autores como San Juan de la Cruz o Juan Benet, entre tantos otros escritores, amén de la predilección por la primera persona y por la evocación personal y familiar.

a decir de José Luis Molina (2017)⁷. Sin embargo, excepcionalmente, retoma su novela breve, publicada suelta, para insertarla en su tercera y última etapa dentro de otra obra de mayor amplitud y de compleja adscripción genérica como es *Escritos de V. N.* Relevancia le dará entonces el autor a *Anales del alba* cuando decide volver a darla a la luz años después, en concreto en 2012, incluyéndola en la segunda edición (revisada) de esos particulares *Escritos de V. N.*, obra que era editada originalmente en el año 1978 por la madrileña Ediciones 29 con motivo de otro galardón concedido a J. P. Quiñonero, el Premio de Novela Ciudad de Marbella de 1976⁸. Como texto inserto, íntegro e idéntico a su edición primera (aunque se comprima y, en consecuencia, pierda en número de páginas con el nuevo formato), *Anales del alba* no perderá su carácter complejo y fragmentario sino al contrario, pues el relato se verá reforzado y resemantizado dentro de un nuevo conjunto; asimismo, ganará en perdurabilidad, de lo cual han sido muy conscientes los autores de novela corta desde el siglo XIX y principios del XX.

Se puede leer *Anales del alba*, pues, como norma y excepción desde la historia y la teoría literarias centradas en la novela corta en España, especialmente en los derroteros de este género literario desde la segunda mitad del siglo XX, estudiados recientemente con el fin de colmar ese gran vacío en la investigación (Pujante Segura, 2017). En la línea de no pocas novelas cortas contemporáneas, aparte de algunas iniciativas editoriales particulares, esa obra de Quiñonero ve la luz gracias a uno de los premios literarios que han proliferado

⁷ J. L. Molina delimita tres épocas en el seno de la trayectoria literaria de J. P. Quiñonero: de 1972 a 1979, de 1998 a 2011, y de 2011 hasta hoy. Además, en *Anales del alba* atisba «una tendencia tenebrista exasperante en ocasiones. Desde el mismo lenguaje no constructivo, destructor y destructible, que sí gramaticalmente correcto, un barroquismo práctico recae sobre esta parábola que, en síntesis, viene a narrar lo habido, lo anterior, lo ganado, lo tradicional, lo genuino que representan y reflejan los valores patrios, destruido todo por el invasor que significa el materialismo que irrumpe con la derrota del pueblo invadido. Ejemplifica JPQ con el pueblo romano –enemigo exterior– destructor de la vida que representa el pueblo invadido que aparentemente es más atrasado a pesar de que viva instalado casi en un *locus amoenus*. Teóricamente, al Poeta solo le queda la palabra, con la que se construirá una nueva Atlántida, de índole espiritual, que no podrá ser degradada» (Molina Martínez, 2017: 60).

⁸ Podemos añadir que, dentro de la *Historia de la literatura murciana*, F. J. Díez de Revenga y M. de Paco incluían a Juan Pedro Quiñonero entre los ‘Novelistas murcianos de los setenta’, entre otros motivos, por el reconocimiento alcanzado gracias a diversos premios: «Al comienzo de los setenta y coincidiendo con la incorporación a la novela extensa de Martínez-Mena, así como el acicate de los cotizados Premios Ciudad de Murcia –Salvador García Jiménez lo conseguiría en 1974 con *Coro de alucinados*– surge en la región una valiosa promoción de novelistas que desarrolla su actividad literaria en Murcia y publica sus mejores obras en esos años. Participantes habituales en concursos, logran, en algunos de los más prestigiosos, colocar sus novelas como ocurre con Martínez Lozano y su *Gambito de alfil de rey*, que fue finalista del “Nadal” en 1966, puesto en el que quedó también *Jinujito el Lila* de Jaime Campmany en 1977. Martínez Lozano obtuvo, sin embargo, el “Villa de Bilbao”, en 1974 con *El día único*, y Juan Pedro Quiñonero el “Villa de Marbella” con *Escritos de V. N.* en 1978, mientras que Antonio Segado del Olmo había recibido, con *El Palmeral*, el “Andrés Baquero” a finales de los sesenta y Miguel Espinosa el “Ciudad de Barcelona” con *Escuela de Mandarines* en 1974» (1989: 559). Igualmente, ambos especialistas destacarán de su escritura el carácter experimental.

en las últimas décadas y que sirven de plataforma de publicación y difusión, aunque para su perduración se suelen rescatar los textos dentro de compilaciones de relatos breves a manos del autor o de un editor. Sus cultivadores suelen alternar con otros géneros en su escritura y suelen recurrir a él en momentos de iniciación o de experimentación. Desde una perspectiva inmanente, suele apreciarse un reto que consiste en buscar la tensión en el texto entre la narratividad y los límites de la extensión textual (Pujante Segura, 2013), logrando una experimentación notable y sugestiva en el contexto literario, especialmente en relación con el tiempo tanto a nivel temático como diegético.

Más allá de las normas y las excepciones que reúne simultáneamente esa obra de Quiñonero, se volcarán sobre ella otras tantas inquietudes personales y literarias del autor, tales como el desvelo profundo por el mundo antiguo y sus ruinas encaminado a hallar respuestas a la sociedad de hoy, el espíritu de *flâneur* debido a los avatares familiares y profesionales de su vida, los continuos vaivenes en el espacio y también el tiempo representados por su tan leído Proust, o las preocupaciones políticas entendidas siempre en un vasto sentido social o humano. Por ello, *Anales del alba* podrá ser leída como una parábola, como una alegoría o como una obra que despliega múltiples interpretaciones, pero siempre con atención, críticamente, intentando desvelar algunos de los motivos que le valieron a esta rara obra el premio concedido.

1. PRESENTACIÓN EXTRÍNSECA DE ANALES DEL ALBA

Excepcional es la obra *Anales del alba* cuando se publica en el año 2000 con motivo del Premio de Novela Breve Juan March Cencillo, el cual, además de la cuantía económica y del renombre, contempla la publicación de la obra premiada. Su convocatoria, desde 1993 hasta 2008, ha distinguido a escritores como Fernando Quiñones, Zoé Valdés o Carlos Trías, además de Juan Pedro Quiñonero. Aparte de originales e inéditos, exige relatos entre 75 y 110 páginas, extensión que se ajusta al formato de la editorial Bitzoc, en concreto a su colección «Literatura, declaraciones y ensayos», dirigida por Basilio Baltasar, tal y como se hace constar en la portada de la obra de Quiñonero (en particular, la edición de su texto alcanza las 77 páginas, si bien el librito, de 14x23 cm, llega a la centena)⁹. En esa portada se

⁹ Este formato y también la editorial de cabecera cambiarán a partir de la convocatoria de la decimosexta edición en el año 2008, cuando el ganador es Lorenzo Luego con *El quinto peregrino*, relato que ya es publicado en la

plasma un dibujo a color que evoca unas esculturas grecorromanas de aire entre apolíneo y guerrero, pues aparece un hombre que descansa de pie sobre su cadera derecha, algo retraída, cruzando uno de sus musculosos brazos hacia el hombro contrario mientras que con el otro sujeta una espada, tras lo cual aparecen algo difuminadas otras dos esculturas antiguas (aunque ahora sea una fotografía en blanco y gris), que de perfil representan a unos guerreros antiguos con casco. Es así como pueden dar por anunciadas ciertas claves del relato, ambientado *a priori* en la Roma antigua con motivo de una anécdota bélica, si bien su título parece ir en otra dirección, desplegando y multiplicando el horizonte de expectativas, más si cabe considerando el título bajo el que se presentó al concurso: «Un poeta ibero (?) declara la nombradía de su pueblo, descartada la capitulación». Efectivamente, el título con el que el relato se presentó a concurso sería más fiel al argumento, si bien el nombre definitivo resulta más evocador y concede más relevancia a dos dimensiones cruciales: la del tiempo y la de la escritura.

Con toda su excepcionalidad dentro del panorama literario, *Anales del alba* se erige como un relato representativo del género de la novela corta, tal y como se viene cultivando en el período que iría del último cuarto del siglo XX a los primeros años del XXI: por un lado, se publica con motivo de un premio literario dedicado a la novela breve o corta, un premio que incluye la edición de la obra, no siempre factible dentro del negocio libresco; y por otro lado, por ese mismo formato editorial (por el tamaño y la portada, entre otros detalles), entronca con la otra importante vía de edición, con la otra gran plataforma de publicación de novelas cortas, como fueron las colecciones literarias de la primera mitad del siglo XX, que tuvieron su propia tradición en la literatura en Murcia (Martínez Arnaldos, 1993). Aparte del papel desempeñado por la convocatoria de certámenes que promueven el género de la novela breve en lengua castellana, se ha de insistir en esa otra rareza de la obra de Quiñonero: normalmente, siguiendo la tradición y la edición de las colecciones españolas de principios del siglo XX¹⁰, las novelas cortas suelen publicarse «seltas», manteniendo su independencia

editorial valenciana Pre-textos con la Fundación Bartolomé March Servera. Se trata de una edición más pequeña, de 19 cm (lo que hace aumentar el número de páginas), pero más moderna, con una estética más austera pero elegante y simbólica. En este formato sería editado en 2010 Andrés Barba, con su relato galardonado, *Muerte de un caballo*, aunque en su portada no se haga constar la concesión de ese premio.

¹⁰ «La novela corta de principios del siglo XX español funda por sí misma, o el público lo crea, un lugar significativo dentro del repertorio narrativo de los de su misma condición, caso del cuento largo decimonónico. Los diversos y recurrentes elementos funcionales que aparecen en la novelística corta de esas décadas (...) constituyen un sistema semiótico y estético que enlaza ideacionalmente con la sociedad de la época. (...) El significado del entorno, y del contexto, que *inscribe* y *escribe* al texto de la novela corta es una hermenéutica sobrepuesta a su estricta comunicación literaria. (...) Fuera de la limitación que instaura y desarrolla el entorno

en cuanto texto literario aunque se resemanticen en un contexto editorial y dentro de un marco como el de la colección; sin embargo, sus dimensiones y particularidades también favorecen o facilitan que puedan ser retomadas en ediciones que reúnan otras obras – generalmente narrativas breves– de los autores. En el caso de Quiñonero, tras publicar *Anales del alba* en la editorial de cabecera del premio en esos años, rescata su novela breve para la revisión de *Escritos de V. N.* en 2012, compuesto de textos heterogéneos.

Sin embargo, no solo se trata de una revisión (especialmente en lo estilístico, como se aprecia desde las primeras líneas de *Escritos de V. N.*) puesto que en la edición más moderna se incluye *Anales del alba*, en concreto en la última sección, titulada «Lírica profética», tras una introducción (y tras otras secciones, tituladas «Escritos íntimos» y «Ensayos»), en lugar de otro relato que se incluía en la edición primera, el titulado *De la naturaleza* (título que bien nos recordará el de las tres partes de *Anales del alba*), bajo el membrete de «relato filosófico o lírica profética». En cuanto al texto que originalmente se leía, tal como declara el escritor en la introducción misma a *Anales del alba*, tampoco resulta fácil su catalogación genérica, pues Quiñonero duda entre el «relato» y el «poema filosófico», e incluso con «el género de las profecías, como el Apocalipsis de Juan» (2012: 171, 172). Pero dice la voz de ese texto (¿auto-ficcional?) que su hermana (C*, que bien podría ser la Carmen de la dedicatoria, aunque también coincida en el nombre con su mujer) mandaría quemar los papeles (*De la naturaleza*) tras la muerte de un hermano, pero no los de *Anales del alba*, que finalmente se publica en la sección última de *Escritos de V. N.* «por voluntad familiar» (2012: 171)¹¹. Años después, según lo añadido en esa introducción, su «hermano» realizaría sobre *Anales del alba* un sumario (el usado en parte para la contraportada, precisamente, de la edición independiente del relato):

Hacia el alba, un poeta (¿ibero...?) espera el instante en que las legiones de Roma van a entrar en su pueblo, para conquistarlo y destruirlo por la fuerza de las armas. Nada quedará de un pueblo y una civilización perdida en la noche del tiempo. La caballería y las máquinas de Roma saquearán las calles y los hogares. Los prófugos y los revolucionarios serán perseguidos y crucificados en el Monte de los Olivos...

o el marco, su significación genérica queda latente, regida por los valores connotativos» (Martínez Arnaldos, 1996: 56-57).

¹¹ Y continúa explicando la motivación del texto *De la naturaleza*: «Esa obra, sin autor y sin historia, sin personajes ni trama –en el caso de mi hermano–, donde nadie repite tautologías, lamentaciones y gemidos de dolor –donde los signos han sido sustituidos por garabatos, donde las palabras se precipitan en un insondable poco de desesperación y amargura–, habla de una historia nunca escrita» (Quiñonero, 2012: 172). Este es de los pocos fragmentos que se mantienen idénticos en ambas ediciones pues, lógicamente, en la de 1978 se exploya en torno al relato publicado, mientras que en la segunda, a partir justamente de esas líneas, realiza cortes pero también añadidos, como el del sumario citado para cerrar esa introducción.

El poeta espera confiado ese instante en el que se consumará el fin de todo cuando amó y conoció. Roma destruirá su pueblo y se cobrará la vida de todos los insurrectos. Pero el poeta trama contra el Imperio la conjura más alta: su palabra, y la palabra de los apóstoles de la palabra, van a crear una Atlántida, una tierra inmaterial, donde las legiones imperiales se precipitarán en un infierno eterno, y los proscritos y los justos serán redimidos en el tiempo mesiánico de la libertad y la redención del espíritu, en su eterna lucha contra los Titanes y la Técnica. (Quiñonero, 2012: 173)

Además de ofrecer algunas pistas para tan complejo texto, en ese resumen se alude a una de las posibles claves hermenéuticas: el valor del instante. Entre otras conexiones con el género de la novela corta de los últimos tiempos, de *Anales del alba* se ha de destacar el protagonismo cedido al instante (en lo que se incidirá en el apartado siguiente gracias a su análisis)¹², coincidencia de otras tantas que se han de seguir estudiando, como lo sería también la presencia del personaje del escritor, según se aprecia en los relatos (semi)breves de escritores contemporáneos como Enrique Vila-Matas en *Chet Baker piensa en su arte* (2011) o José María Merino en *El lugar sin culpa y otros nocturnos* (2015). Se podría añadir el juego con otros géneros, no exclusivamente literarios (Vila-Matas juega con lo ensayístico o Merino con el epistolar, por ejemplo), al que tanto se presta el de la novela corta por su maleabilidad, flexibilidad, hibridez, propiedades relacionadas con la interdiscursividad (Albaladejo Mayordomo, 2005).

El caso de Juan Pedro Quiñonero es, pues, raro y sugestivo: no se trata de un escritor novel pero sí, en cierto modo, de un «novelacortista novel» que tampoco ha vuelto a probar con tal género hasta la fecha; tampoco es novato en el mundo de los premios literarios, pero sí con motivo de ese género narrativo, pues también gozaba del Premio José Manuel Caballero Bonald de ensayo de 2005 o del Premio Rodríguez Santamaría de la Asociación de la Prensa de Madrid de 2009; pero tampoco se trata de un literato constante, y sí de un experimentador persistente, especialmente por su escritura entre el periodismo y la literatura, entre el ensayo (con *Baroja, surrealismo, terror y transgresión*, por ejemplo)¹³ y la

¹² También lo subrayaba Pozuelo Yvancos en su reseña: «Como ocurría en *La muerte de Virgilio* de H. Broch, el tiempo de la historia y el de la lectura es circular, anuda un haz de recurrencias que van acumulando sentido y angustia a partir de una formidable elipsis: el tiempo de esta novela deja de ser cronológico, para resumirse en un instante angustiado, el instante de la lucidez» (2000).

¹³ También es digna de reseñar, en este sentido, *España, una temporada en el infierno*, cuyos volúmenes han sido editados en la editorial malagueña Confluencias desde 2012 y suelen alcanzar las cien páginas, de manera similar a la edición de *Anales del alba*, en un formato más pequeño pero muy cuidado. Se trata de reflexiones personales sobre la situación reciente de España bajo ese título que toma prestado de Rimbaud y que también utiliza para su activo blog.

narración (con *Ruinas* o *El misterio de Ítaca*), todo lo cual se trasluce en la interdiscursividad de *Anales del alba* o de otras obras.

2. PROFUNDIZACIÓN INMANENTE Y DESPLIEGUE DE HORIZONTES

La estructura de *Anales del alba* es la de un tríptico (número «muy narrativo» al representar el planteamiento, el nudo y el desenlace), formado por tres partes o capítulos que superan ligeramente la veintena de páginas y que a su vez se dividen en secciones que ocupan un solo párrafo o incluso estrofa: «De lo divino», «De la guerra civil» y «De la tiranía» (con 43, 42 y 32 fragmentos, respectivamente). También la manera de titular los tres apartados denota un gusto clásico que alterna con ese moderno fragmentarismo de las partes de cada sección¹⁴. «De lo divino» empieza así:

I.

Las legiones de Roma destruirán mañana nuestro pueblo. Sus máquinas de guerra arrasarán los últimos restos de nuestras vencidas murallas, antes de echar sal en sus cimientos. La caballería incendiará y saqueará nuestras calles y nuestros hogares. Los legionarios degollarán a los ancianos, las mujeres, los niños y los últimos hombres, caídos al pie de la morada de sus ancestros. Los prófugos y revolucionarios serán crucificados en el Monte de los Olivos. Flavio Marcelo y sus centuriones se repartirán el magro botín de nuestras míseras propiedades. Los perros se disputarán los despojos de los vencidos. Cuanto fue nuestra gloria y justificó nuestra vida, las llamas lo convertirán en cenizas, que la lluvia y el viento dispersarán por los invisibles caminos del cielo y las sombras. (Quiñonero 2000, I, 1: 9-10)

De este modo comienza *Anales del alba*, con una contextualización espacial y temporal que queda ligeramente en el aire: la conquista romana de Hispania comenzaría con el desembarco en Ampurias en el año 218 a. C. y finalizaría con César Augusto en el año 19 a.C. (emperador desde el 27 a. C. hasta el 14 d. C.), si bien en la contraportada el autor (¿?) alude al Imperio. Tampoco se concreta más con la referencia al Monte de los Olivos, bíblicamente asociado al lugar sagrado que se hallaba próximo a Jerusalén y en el que

¹⁴ A propósito de la novela titulada *Ruinas*, decía lo siguiente R. Jiménez Madrid en su estudio a propósito de *Novelistas murcianos actuales*: «La obra de Juan Pedro Quiñonero plantea serias dificultades de intelección para todo lector poco avisado. Adentrarse en su mundo inquieto, conflictivo, angustiado, exige un esfuerzo supremo. Su lectura puede desanimar y exasperar ante la acumulación de fragmentos dispersos, de material en descomposición» (1982: 273). Si bien en *Ruinas* se diluyen modernamente el personaje, el argumento y la linealidad, en *Anales del alba* esos ingredientes tradicionales se mantendrán, aunque tenuemente, en la cuerda floja.

Jesucristo oraba, el mismo lugar donde sería preso y desde donde ascendería a los cielos según los Hechos de los Apóstoles. Y es que, en otra referencia en el texto a ese lugar, se alude a un momento anterior a tal episodio bíblico, a aquél en el que los soldados romanos acamparon allí en el año 70 a. C. para iniciar el sitio y destrucción de la ciudad. Además, en esas primeras líneas ya aparece un plural inclusivo, por ejemplo con la alusión a «nuestro pueblo», para marcar la identificación de un narrador con su sentimiento colectivo, aunque más adelante deje paso a la primera persona del singular en un relato propiamente autodiegético: la basculación entre el sentimiento o el reconocimiento individual y colectivo impregnará parte del espíritu de esta historia o de esta suerte de «anales» paradójicamente intemporales.

Igualmente, se opta –consideramos que de una manera inteligente y efectiva– por el uso del futuro verbal, acorde con el título dado en *Escritos de V. N.* al texto incluido, «Lírica profética»: da la sensación de respetar la costumbre romana de *augurar* el porvenir gracias a las aves y, además, se crea una tensión constante, pues el protagonista se encamina hacia ese futuro tan próximo, el del alba (del título), como a contrarreloj, arrastrando así también al lector, a pesar de que este ya sepa el desenlace, anunciado desde el principio. Así pues, aflora otra de las claves o de las tónicas de este texto de Quiñonero: sobre esa idea y sobre esa construcción de la idea se erigirá el relato que, como ese primer fragmento, se podría leer como expolición en torno a la anécdota de la destrucción de un pueblo a manos de los romanos. De este modo, se deduce también la duración del relato, que vendría a coincidir con el tiempo de la reflexión a la que se le pone voz literaria por escrito, una reflexión a la espera del amanecer que incluye menciones a hechos anteriores e incluso posteriores, a otras historias, a otros tiempos. El relato o la historia, pues, va a carecer de sorpresa al haber sido anunciado su desenlace, pero el lector sigue hacia delante, en su lectura, movido por esa tensión a contrarreloj hacia otro tipo de horizonte de expectativas. El tiempo sería el de los estertores del amanecer, antes de la invasión romana, que conllevará la muerte de un pueblo, que podría ser ibero, como se dice en la contraportada, pero que podría ser cualquier otro pueblo que habitaba la Península Ibérica¹⁵. Y es que en este relato la singularidad concreta se

¹⁵ Como se anunciaba al inicio, no pocas coincidencias existen entre *Anales del alba* y *El misterio de Ítaca*, obra esta última en cuya introducción (titulada «La biblioteca encendida»), tras evocar mediante asociaciones la ciudad de Al-Farabi, su infancia en Totana y en las playas cercanas y el descubrimiento del neoplatonismo musulmán (influencia de San Juan para *Cántico espiritual*) por Asín Palacios allí, dice: «Mis hijos han descubierto esas rutas mediterráneas en las playas de Caldetes, al pie del Turó des Encantats donde todavía quedan lejanísimos restos de un pueblo ibero, destruido y saqueado, como tantos otros pueblos iberos, donde perdimos, hace siglos, la primera siembra de los conceptos del *logos* y el *ágape* donde se fundan, cómo dudarlo,

compatibiliza con el simbolismo y la alegoría abierta a una colectividad y a la abstracción, lo que bien sabe conjugar el escritor.

El segundo fragmento de esta parte comenzará con un nuevo verbo en futuro: «Así se cumplirá nuestro destino». Sin embargo, a continuación, se da paso al presente, como si fuera el tiempo de la reflexión y del análisis de la situación, que no de la narración propiamente dicha: «Roma combate para inmortalizar la disciplina, el rigor y el orden que su ley ha impuesto a todos los pueblos conocidos. Nosotros combatimos en defensa de nuestra libertad, la ilusión que alimenta el fuego de la duda, la desesperación y la angustia, en cuya hoguera perecieron Atenas y Jerusalén» (Quiñonero, 2000, I, 2: 10). Además de la contraposición bilateral entre las ideas de imposición y libertad, entre el fuerte imperio romano y el pueblo hispano, se despliega el campo semántico de «lo divino», junto al de «lo bélico», haciendo honor al título de esta parte y a la portada de *Anales del alba*. Así, el pueblo del narrador ganará la inmortalidad divina, pero no como Roma, sino como las otras grandes ciudades y culturas de la Antigüedad, Atenas y Jerusalén, esta última ahora sí mencionada explícitamente. El resto del fragmento devendrá de nuevo expolición y, además, en esos dos sentidos en contraposición, como anteriormente, con el recurso a una oración sintáctica – larga– para cada uno: para aludir a los generales romanos y después a los insurrectos.

Sin embargo, en el tercer fragmento se opta por los verbos en pasado, en pretérito perfecto e imperfecto, incluyendo la narración del momento anterior a esta reflexión/retrato, el momento de las primeras invasiones, movidas por el convencimiento de superioridad y experiencia, pero ignorantes de que «deberían enfrentarse en nuestras tierras a un ejército de infinitos espectros» (Quiñonero, 2000, I, 3: 11). Para esta idea así desplegada, la alusión a la inmortalidad no podía no venir asociada a la escritura: «los generales curtidos en las guerras inmortalizadas por sus historiadores, a mayor gloria del Imperio». Las siguientes partes (de la 4 a la 7) continuarán con el tiempo pasado, el de la preparación de la invasión, de manera que la narración también adquiere una focalización omnisciente como, por ejemplo, cuando se inmiscuye en los pensamientos de Flavio Marcelo, encargado de dirigir a un grupo de centuriones (de nuevo, parece una recreación onomástica, pues desconocemos la existencia

nuestras primeras concepciones del verbo y la comunión de algunos hombres consagrados al servicio de la lengua y las palabras. Entre la destrucción de Cartago y el fin de la Cartagena bizantina también condenamos a las llamas los innumerables restos de otra biblioteca, quizá más vasta que las *Etimologías* de San Isidoro» (Quiñonero, 2000b: 11). Vemos cómo sus inquietudes se repiten en obras de distinto cariz, tanto en las ensayísticas como en las propiamente literarias (por ejemplo, volverá a mencionar el pueblo ibero en la página 134 de su novela *El caballero, la muñeca y el tesoro*, de 2005). En la hibridez estilística y genérica también cabe acercarlo a su admirado P. Baroja (Cueto, 2011).

de esta personalidad histórica que bien podría representar a cualesquiera de los generales o de los soldados): «Flavio Marcelo supo cuánta muerte inútil costó la caída de Jerusalén, a través de la crónica de un judío vendido a Vespasiano (...), una ciudad construida con la argamasa y las piedras del verbo y del libro» (Quiñonero, 2000, I, 4: 11). Este personaje rememoraba la guerra civil previa a César o los Idus de Marzo, episodios históricos que bien conoce el escritor y que les exigen a los lectores cierto bagaje. Pero también se consigue empatizar con el personaje: como soldado, es consciente de las consecuencias del «magnicidio» u «holocausto» pero, como tal, ha de cumplir con su deber militar. No obstante, debido a tal consciencia, trae consigo un esclavo griego que se encargará de inmortalizar esa guerra escribiendo sobre ella, esclavo con el que se llegaría a cruzar, aun sin hablar, el narrador. Ambos poseerán algo en común: ser los últimos escribas de una estirpe.

Se procura una mayor unidad entre los primeros cuatro fragmentos gracias a que cada uno de ellos comienza, a modo de anáfora, con el nombre de ese militar. En el cuidado y medición de los periodos sintácticos, que rayan en la versificación, así como con estas estrategias retóricas, se consigue una prosa poética que Quiñonero maneja equilibradamente en *Anales del alba*. Entonces, se alude al momento del alba:

Mi palabra debe devolver el aliento y la vida a otras muchas voces, la voz de mis padres idos para siempre, la voz de mis hermanos caídos en el frente, la voz de las mujeres que amé, la voz de nuestro pueblo condenado sin apelación posible, la voz de nuestros dioses abandonados y proscritos, las voces con que aprendimos a nombrar el alba y las noches de amor, y ya son olvido.

8.

Voces que suben hasta la garganta desde el pozo vacío de mi alma en pena. (...) hacia el alba del último día. (Quiñonero, 2000, I, 7 y 8: 13)

En ese momento intersticial, entre la noche y el día, reina justamente lo contrario a las voces, esto es, el silencio, que vendrá marcado por la estrella del alba. Entonces se cumplirán los destinos, los que están escritos, pero los que también han detonado un hecho que sucedió el día anterior al de esa narración, cuando ante la muchedumbre un joven anunciaba que ya estaba cerca el fin de ese calvario, momento en el que otros centuriones desobedecieron a Flavio Marcelo y a Roma para unirse a los insurrectos: «Como antes ocurrió en Masada y mañana ocurrirá en Sagunto y en el guetto de Varsovia» (Quiñonero, 2000, I, 9: 14). Como se puede comprobar, el desplazamiento espacio-temporal es constante y logra desestabilizar al lector, obligado a leer alegóricamente esta historia. Aunque parecía apuntar

a la época de Vespasiano, se vuelve atrás al mencionar la cuestión de Sagunto, ciudad aliada de Roma y disputada por los cartagineses de Aníbal, quien la sitió en el 218 a.C.; por otro lado, el Levantamiento del Gueto de Varsovia tendría lugar en 1943, siendo una de las primeras revueltas contra el nazismo, mientras que Flavio Marcelo en ese momento recuerda sus inicios en Actium, batalla producida en el 31 a. C. (los fragmentos siguientes, casi todos iniciándose con la mención a ese personaje, girarán en torno a él).

En la misma línea temática y estilística se desarrollarán estas partes, hasta que en la decimoquinta finalmente se recurre a la primera persona del singular, con el pronombre «yo» y en las formas verbales, de nuevo con ocasión del encuentro con el esclavo de Flavio Marcelo¹⁶. Justamente, los siguientes fragmentos producen un viraje, pues se centrarán en la reconstrucción del pasado del narrador desde la infancia, e incluso el tiempo de los antepasados que no se conocieron. Su madre sería quien le enseñara en las letras y la composición, «hilvanando maravillosas tramas de ilusión, dando nombres fabulosos a inmortales héroes» (Quiñonero, I, 18: 19), y con su padre murmuraría palabras en torno al fuego del hogar. Así, su vida fue avanzando, «tan callando» (como la muerte llegaba en las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique). Con ello se recreará en los próximos fragmentos con la infancia, con el recuerdo de sus padres, con los sentimientos hacia su familia, en un ir y venir hacia el pasado y el futuro, un balanceo que promueven los pensamientos y asociaciones, pero también las palabras y sus ecos, por ejemplo, la de «*sibbólet*», que sabiamente se retoma con una epanadiplosis en el inicio del siguiente fragmento el penúltimo de esta primera parte¹⁷. Hasta el final, continuará esa suerte de expolición, al mismo tiempo narrativa y estilística, entre el presente, el pasado y el futuro, en torno a los pensamientos de Flavio Marcelo y de su esclavo, así como del protagonista anónimo que se yergue en representación de un pueblo a punto de ser sometido por los soldados del imperio

¹⁶ Y continúan las referencias intertextuales, explícitas o no, temáticas o estilísticas, a la Biblia o a la Antigüedad grecorromana: «16. Contemplo por última vez la tierra que cultivó mi padre, el telar de mi madre, los aperos de mis hermanos, el jardín de mi esposa, el lecho donde nacieron nuestros hijos. Pongo en orden las cosas de mi memoria y mi vida, que toca a su fin. Aquí está la mesa donde compartimos el pan y el vino. Allí están la lanzadera y el huso donde se fueron devanando las hebras y el hilo de un paño ya para siempre inconcluso, porque la luz del día siempre deshizo cuanto habíamos tejido la noche anterior, y ahora podré concluir, al fin, cuando Flavio Marcelo me abra las puertas de la noche eterna, desde donde mi palabra continuará proliferando, como la yedra que trepa hasta poseer y cobrarse el cuerpo entero de una casa abandonada» (Quiñonero, 2000, I, 16: 18). Destaquemos que Quiñonero suele optar por la primera persona en sus obras, como *Ruinas* o *Memorial de un fracaso*, también en un juego con otro tipo de textos como el de las cartas o las memorias.

¹⁷ «41. (...) Cuando repito la palabra *sibbólet* otro eframita intenta huir antes de ser degollado a orillas del Jordán, pero alguien escucha el eco de su voz y transmite la palabra de otro prófugo que escapa y la repite dando la mano a otro hombre perseguido.

42. *Sibbólet*. El eco, la voz y la figura de un suicida que se pierde arrastrado por las aguas del Sena me devuelve la palabra y contraseña de los conjurados» (Quiñonero, I, 41 y 42: 32).

romano en un momento y lugar indeterminados (ese enclave carece de nombre, ni siquiera adopta el de Caína).

Entonces se pasa a la segunda parte, central, de *Anales del alba*: «De la guerra civil». Y se avanza pero, continuando con las mismas técnicas, volviendo como en espiral un paso atrás, en concreto al comienzo del relato, a las primeras líneas de la primera parte, que resuenan como un eco: «Los insurrectos del Monte de los Olivos serán crucificados por sus hermanos. El crimen viste la toga de la ley» (Quiñonero, 2000, II, 1: 37). Ahora se alude a Catilina y a Cicerón, a Caín y Abel, a Eteocles y Polinices, a Bagdad y Samarkanda, a la Horda de Oro y Numancia, a Judas Macabeo y César (e incluso a Blancanieves, recibiendo a los «héroes» en su lecho)¹⁸; pero todo ello alternará con referencias y hasta un con léxico que bien podría ser el de nuestra época, como cuando alude a Catilina y también a su guerra en estos términos: «Sus banqueros enrolaron los ejércitos de tahúres y depravados malhechores que expoliaron las imágenes de nuestras iglesias y nuestros templos, comerciando con usura con los billetes de lotería, las entradas de circo» (Quiñonero, 2000, II, 1: 37). Es ese momento sentido como «la noche oscura de su ambición», en un eco de San Juan de la Cruz (Quiñonero, 2000, II, 4: 39), un momento de guerra, también traída a colación metonímicamente con un eco de Juan Benet y a su vez de Miguel Hernández («las banderas, los símbolos y las herrumbrosas lanzas»; Quiñonero, 2000, II, 9, p. 42), al tiempo que con ello se homenajea a otro poeta, Miguel Hernández, en particular con su *Elegía primera* a Federico García Lorca: «Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas (...) y llueve sab»; es más, los elementos de la lluvia y la sal, además del polvo, son recurrentes sin cesar en *Anales del alba*. No importa, pues, el lugar ni la época, puesto que el episodio de la guerra civil, el que da nombre a esta parte, también es omnipresente; de hecho, se puede confirmar con una afirmación posterior, la que inicia el fragmento séptimo: «Ese luctuoso latrocinio propagó

¹⁸ De hecho, avanzado el relato, en concreto en el fragmento 28, se ofrecerá una suerte de sinopsis o epítome de todos los personajes mencionados para evocar la guerra civil, además del compendio de los motivos recurrentes desparramados en los diferentes fragmentos: «Cicerón prometerá a unos la gloria del hexámetro latino, a poco que olviden la lengua de sus ancestros. César ofrecerá oro, joyas e innumerables mujeres públicas, en todas las ciudades del Imperio, a quienes abandonen la tierra que los vio nacer y sean capaces de dar y jugarse la vida por los ominosos estandartes de las tropas de ocupación. Con Catilina, muchos de nuestros hijos ganarán muy pronto la gloria infame de los parricidas, vendiendo a sus hermanos a los centuriones que crucificaron a sus padres. La tropa de Flavio Marcelo exterminará sin piedad a quienes hayan dudado. La soldadesca ha cortado las muñecas y la lengua a quienes sabían usar el cálamo. El soldado que me busca, en la oscuridad de su vida, para cumplir su destino y el mío, desconoce el pozo sin fondo que mis palabras traman a su paso, una noche sin estrellas ni mañana» (Quiñonero, 2000, II, 28: 53). Además, aquí reaparece la primera persona del singular, desplazada a lo largo de esta segunda parte.

unas llamas tan voraces que la ruina de nuestro pueblo pronto se transformó en guerra civil mundial» (Quiñonero, 2000, II, 7: 41).

Continúa un estilo altamente metafórico, hiperbólico y alegórico para continuar rondando el tema del corazón del relato, la guerra civil, ahora especialmente motivado por la figura de Catilina pues, en lugar de Flavio Marcelo (que reaparece en el fragmento 18, de nuevo unido al motivo de la escritura y la memoria), ahora él será el principal secundario, recurriendo a la misma estrategia de encabezar algunos fragmentos con su nombre, por ejemplo, del 12 al 15. Rememora especialmente su supuesta crueldad y su trato con las mujeres. Para describir ese atroz episodio también se recurre a imágenes, no solo literarias, sino también pictóricas, como la de Medusa, en versión de Caravaggio, o la de Saturno devorando a sus hijos, por ejemplo en la versión de Francisco de Goya (el escogido para las portadas de *Una temporada en el infierno* de Quiñonero): «Porque la guerra civil precipitada por la impiedad cruel de sus designios y ambición lo privó a él de la vida que uno de sus hijos acabaría cobrándose con una daga, pero a nosotros nos libró indefensos y desnudos a los lobos que eran nuestros hermanos devorando a los hijos que ellos ya no podían reconocer como propios» (Quiñonero, 2000, II, 15: 45).

Más adelante, en diferentes fragmentos irán cobrando más protagonismo Medusa (supuesta esposa de Catilina) y Judas Macabeo, con motivo del cual se retomará el motivo del amanecer: «37. Judas Macabeo y sus hermanos cabalgan invictos hacia el alba que llega, espantados ante la inmensidad de un desierto sin fin» (Quiñonero, 2000, II, 37: 58). Con ese motivo cerrará más adelante, en el fragmento último de esta segunda parte, tan poéticamente:

Solo y acosado por el vendaval de la historia, que todo lo asolaba a su paso, cerraba los ojos, insomne, fiel a la frágil e inextinguible llama que ardía allí donde sus pasos lo llevaban. (...) Esa llama se confundía con su voz (...), porque su figura comenzaba a perderse en la memoria de las gentes y se hacía más grande el manto de nieve, o de armiño, que estaba cubriendo nuestras tierras con el frío estéril de la tiranía que llegaba con la mañana del último día que soy, cuando la sombra de Judas Macabeo refulge siempre en la noche estrellada de mi corazón con la luz intacta del lucero del alba. (Quiñonero, 2000, II, 42: 61)

Entonces comienza la tercera y última parte, algo más breve que las anteriores, titulada «De la tiranía». Comienza de una manera diferente, con César y en pasado, del momento de su entrada en Roma con su ejército, «anunciando al mundo que Alejandro tenía un sucesor» (Quiñonero, 2000, III, 1: 65). De hecho, es esta parte la que es propiamente una narración, desarrollada a partir de ese episodio y de sus históricas consecuencias, cuando

parecía la llegada de una nueva primavera. Se alude a su hija, a su mujer, a los hijos bastardos, a la corrupción, con unos motivos recurrentes y cada vez más apocalípticos, que narran la evolución hacia la tiranía del César. En esta parte se aludirá también a Sila, a la caída de Siracusa y a César de nuevo¹⁹. Con estos motivos se reactivará una sugerente intertextualidad, en este caso de la mano de Garcilaso de la Vega, con sus versos «la lengua muerta y fría en la boca» (en esta ocasión en cursiva, de manera explícitamente intertextual) y «por el Estigio lago conducida»(aunque el autor lo cambie por «conducidos»), tomados de la *Égloga* III. Se trae a colación del poeta viajero, que llevaría la lengua griega con motivo del anuncio de la caída de Siracusa (fragmentos 16 y 17)²⁰. Entonces se va acelerando el final y el protagonista, que vuelve a dejarse ver y dice esperar el momento del destino tranquilamente, al tiempo que rememora a su madre, todo ello en un éxtasis de prosa poética o de poema narrativo, con la reiteración de epítetos de claros ecos latinos y dando color a cada elemento, con la metonimia de los ojos maternos, en la metáfora de la noche y la naturaleza:

Mi madre contemplaba, en lágrimas, el viaje último de los últimos hombres, y sus aguardaban, intactos, los colores inmaculados que se perdían en la noche que llegaba para siempre. El albo rosáceo de las mejillas de los adolescentes que se fueron creyendo que morían por un mundo mejor. El áureo celeste de la mañana del adiós, cuando los héroes se despedían con una sonrisa. La plenitud auroral del amanecer, proclamando hasta los últimos confines del horizonte el sacrificio que vendría. La gracia ultramarina del lapislázuli del cielo, ofreciendo un lecho inmortal a los cuerpos llamados a perderse en el oleaje esmeralda de las horas que llegaban, tiñéndose con el cuajarón rojo pichón de las víctimas caídas en los campos elíseos del sacrificio azabache que a todos cubría con su oscuridad diamantina y translúcida. El cielo estrellado que yo descubro, esperando la espada que ponga fin a la incertidumbre, escrutando la invisible huella de quienes se fueron para siempre, aquel día luctuoso, y esperan, dolientes, que mi palabra los salve del infierno de las sombras. (Quiñonero, 2000, III, 32: 86)

¹⁹ A partir de la figura de César, se desarrolla un fragmento, el decimoquinto, uno de los que se podrían considerar más logrados: «César ordena que se esculpa en piedra su figura y se destruyan las imágenes de todos los dioses que lo precedieron en la tierra y en el cielo; pero será la suya una prole de hijos de la piedra, bastardos de inclusa y abrojos, que transmiten con su sangre el linaje yermo de las simientes estériles. (...) No queda en los censos de su imperio ningún rastro de los hijos dalgo, los ibn al-madîna, los ibn as-sabil, los fills de saritat, porque los hi de puta e hi de perro que fueron su única descendencia conocida depravaron las ciudades, los caminos y los hospicios» (Quiñonero, 2000, III, 25: 81-82).

²⁰ Su inquietud ante el motivo de la palabra y la memoria de los pueblos permanece y la pone en relación con otro género literario en otra de sus reflexiones más recientes en forma de artículo de 2011 «La novela y la arquitectura espiritual de los pueblos», accesible a través de su blog, en particular en la entrada del 25 de febrero de 2012: «Esa arquitectura espiritual, en cuya construcción participan, en verdad, todos los letrados que trabajan las artes de la lengua y la memoria, ofrece a los pueblos una explicación de sí mismos y una razón de ser. Sin Galdós, los españoles serían un pueblo más deshilachado e incomprensible. Murasaki Shikibu, Dickens, Chateaubriand, Dostoievski o Mark Twain son continentes verbales posiblemente tan vastos como la China, el Reino Unido, Francia, Rusia o los EE. UU. Desaparecieron imperios, monarquías, estados, tiranías o repúblicas imperiales: pero esos libros continúan diciéndonos algo imprescindible sobre aquellas construcciones históricas, vencidas y hundidas en el oscuro abismo del tiempo pasado» (Quiñonero, 2011).

CONCLUSIONES

Concluyendo, el texto de *Anales del alba* no podría o no debería ser más largo como relato, por la concentración poética, por la condensación y las (auto)recurrencias motivadas y estilísticas, por los vaivenes temporales y espaciales (que bien podrían estar evocando el espíritu de *flâneur* con el que se autorretrata Juan Pedro Quiñonero)²¹. Épico y elegíaco, lírico y apocalíptico, terrenal y divino, tiránico y alegórico, este relato alberga todos los anales escritos y la desmemoria, todos los relatos orales y el silencio, todos los amaneceres y el ocaso, todas las ciudades o épocas y ninguna, todos los nombres y ninguno para esa voz que narra. La del final podría evocar a todas las madres del mundo, pero también a la suya. Ese exilio podría evocar todos los exilios del mundo, pero también el suyo desde el pueblo murciano de su infancia. Igual que hay una excepción a la norma, existe una excepción a la mortalidad: la palabra eterna.

²¹ En «Autorretrato de JPQ» se describía el escritor en el blog de Fernando Valls, *La nave de los locos*, el 13 de octubre de 2008: «Me miro en el espejo... y la usura del tiempo no me impide reconocer lejanos rasgos del adolescente que soñaba fugarse a Mallorca con una condiscípula, el intrépido reporter tribulete que vivía a salto de mata en un Madrid desaparecido, el imberbe crítico literario que soñaba con cambiar el mundo leyendo furiosamente a Proust y Baroja, el enviado especial que recuerda con gratitud cuanto aprendió en California, Georgia, México, Honduras, El Cairo, las capitales de la vieja Europa..., el estoico corresponsal en París emboscado tras las sombras de Helmut Newton y Jean Pierre Melville, el invisible historiador de la inexistencia de España, el poeta épico que aspiraba a salvar su patria devastada por las legiones de Claudio Marcelo, el biógrafo de Celia Jiruña Carón, el cronista alucinado de la gloriosa resurrección de Rodrigo Díaz de Vivar camino del destierro último, el olvidado autor que sueña con redimir la historia de Caína, el fotógrafo que persigue ninfas, apariciones y rostros fugitivos en los jardines y mercados públicos, el *flâneur* errante entre las sombras de algunos barrios de París, el padre de familia que antepone la rectitud y el deber a las locuras del adolescente que se resiste a morir, amortajado en el destierro».

BIBLIOGRAFÍA

- Albaladejo Mayordomo, Tomás (2005): «Retórica, Comunicación, Interdiscursividad», en *Lingüística y Retórica, Revista de Investigación Lingüística*, VIII: 7-33.
- Cueto Pérez, Magdalena (2011): «La interconexión genérica en la escritura de Pío Baroja», en Baquero Escudero, Ana Luisa; Carmona Fernández, Fernando; Martínez Arnaldos, Manuel y Martínez Pérez, Antonia (eds.): *La interconexión genérica en la tradición narrativa*, Murcia, Edit.um, 207-240.
- Díez de Revenga, Francisco Javier; De Paco de Moya, Mariano (1989): *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia/Academia Alfonso X el Sabio/Editora Regional de Murcia.
- Jiménez Madrid, Ramón (1982): *Novelistas murcianos actuales*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio.
- Juaristo, Juan Ángel (2005): “La nueva caballería (reseña de *El caballero, la muñeca y el tesoro*)”, en *ABC Cultural*, 7/5/2005.
- Martínez Arnaldos, Manuel (1993): *La novela corta murciana (1900-1936): crítica y sociología*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio.
- Martínez Arnaldos, Manuel (1996): «Deslinde teórico de la novela corta», en *Monteagudo*, 3.^a época, 1: 47-66.
- Molina Martínez, José Luis (2017): *Juan Pedro Quiñonero: Pensamiento. Literatura. Imagen. Guía de lectura*, Murcia, Diego Marín Librero Editor.
- Pozuelo Yvancos, José María (2000): «Como quien espera el alba», en *ABC Cultural*, 4/XI/2000.
- Pujante Segura, Carmen María (2013): “La *nouvelle* y la novela corta, entre narratividad y brevedad: ¿la historia de una infidelidad?”, en *Orillas. Rivista d’Ispanistica*, n.º 2: 1-29.
- Pujante Segura, Carmen María (2017): “La historia y la teoría literarias ante la novela corta contemporánea en España (desde mediados del siglo XX hasta hoy)”, en Martínez Arnaldos, Manuel y Pujante Segura, Carmen María (coords.), *La teoría literaria ante la narrativa actual*, Murcia, Edit.um: 155-166.
- Quiñonero Martínez, Juan Pedro (1978): *Escritos de V.N.*, Barcelona, Ediciones.
- Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2000): *Anales del alba*, Palma de Mallorca, Bitzoc.
- Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2000b): *El misterio de Ítaca*, Barcelona, Península.
- Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2005): *El caballero, la muñeca y el tesoro*, Barcelona, Áltera.
-

Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2008): «Autorretrato de JPQ», en Valls, Fernando: *La nave de los locos* (blog), 13/X/2008.

Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2009): *El taller de la gracia*, Sevilla, Renacimiento.

Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2011): «La novela y la estructura espiritual de los pueblos», en *La Página*, 93-94: 113-130.

Quiñonero Martínez, Juan Pedro (2012): *Escritos de V. N.*, Almería, Confluencias, 2.^a edición revisada.



SOBRE LA AUTORA

Carmen María Pujante Segura

Carmen M. Pujante Segura Carmen M. Pujante Segura imparte actualmente su docencia en la Universidad de Murcia (España) en el área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Filóloga hispánica y francesa, Premio Extraordinario de Doctorado por la Facultad de Letras, ha sido investigadora de proyectos de investigación sobre análisis interdiscursivo y sobre retórica cultural (ambos con Tomás Albaladejo como Investigador Principal), y también ha realizado estancias externas en Bélgica y Francia. Ha participado con comunicaciones y conferencias en congresos nacionales (Barcelona, Granada, Girona, Cádiz, Murcia, etc.) e internacionales (Bérgamo, Leuven, París, Turín, West Georgia, Oxford, etc.), así como con publicaciones en revistas de España y del extranjero. Ha coeditado el décimo noveno número de la revista *Monteagudo* en torno a «La Primera Guerra Mundial y el acontecer literario en España: 1914», así como el estudio sobre *La teoría literaria ante la narrativa actual* (Murcia, Edit.um, 2017) junto a Manuel Martínez Arnaldos, además de haber publicado el estudio *De la novela corta y la nouvelle (1900-1950). Estudio comparativo entre escritoras* (Madrid, Síntesis, 2014).

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-8826-936X>

Contact information:

Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
Facultad de Letras (La Merced)
C/Santo Cristo, 1
30071 Murcia
868 88 48 97
carmenpujante@um.es